

# ¿Las nuevas generaciones son siempre insurgentes?: convicciones y apuestas

Recibido: 17/03/2021

Aprobado: 03/06/2021

Publicado: 31/07/2021

**MANUEL BURGA DÍAZ**

Lugar de la Memoria (LUM)

jmburga@cultura.gob.pe

<https://orcid.org/0000-0003-0830-4175>

## RESUMEN

Se ensaya una comparación entre dos generaciones, ambas integradas por jóvenes, a veces muy jóvenes, en contextos muy diferentes: la primera de los años 1920-1921, de conmemoración del centenario de la república; y la segunda, llamada Generación del Bicentenario, que se hizo presente en todas las regiones del país, entre el 9 y el 15 de noviembre del 2020, dejando dramáticos saldos, pero con también importantes éxitos políticos. La primera de clase media, universitaria, provinciana, aparentemente pequeña, actuando solo en Lima, pero que desarrolló nexos invisibles con las regiones rurales, campesinas e insurgentes. La segunda aparece como el motor de las movilizaciones multitudinarias, masivas, más visibles, que integraba en sus marchas a otras generaciones, donde las mujeres tuvieron un papel protagónico, y que se preguntaban aparentemente por lo mismo, por cómo construir un nuevo país, donde puedan ser felices, vivir mejor, más democráticamente, con menos prejuicios, menos desigualdad, más justicia y cambiando casi todo. Por eso me pregunto: ¿las nuevas generaciones son siempre insurgentes?

**Palabras clave:** generación, centenario, bicentenario, convicciones, apuestas

## Are the new generations always revolutionaries? Beliefs and stakes

### ABSTRACT

This essay proposes a comparison between two generations, both comprised by young people, some of them quite young, in markedly different contexts: the first one appeared in the 1920-1921 period, during the centennial commemoration of independence; and the second, named Bicentennial Generation, emerged nationwide between the 9 and 15 of November of 2020 with a tragic aftermath, but at the same time achieving significant political success. The former consisting of a seemingly small group of middle-class university students from the countryside manifesting only in Lima, but which developed invisible connections with rural, peasant and revolutionary regions. The latter arises as the driving force of massive, more noticeable, widespread mobilizations, which embraced other generations in their marches and where women played a leading role. These two generations have wondered the same, about building a new country, where they can live happy and well, more democratically, with less discrimination and inequality, more justice and changing almost everything. That is why I wonder: are the new generations always revolutionaries?

**Keywords:** generation, centennial, bicentennial, beliefs, stakes

● Las nuevas generaciones son siempre insurgentes? Trataré de responder a esta pregunta, en este breve artículo, y me entusiasma intentarlo. Lo haré como historiador y como observador de la actualidad, de este lustro sorprendente 2016-2021 con el que llegamos al bicentenario de la república. Pero de inmediato debo agregar otra pregunta: ¿Podemos hablar del papel de las generaciones en la historia? ¿O, como dice Julián Marías, de *El método histórico de las generaciones*? Pero más allá de las interrogantes, que siempre nos retan, lo intentaré por el camino de la comparación; en este caso, ensayar una comparación entre la llamada Generación del Bicentenario y la generación del conversatorio universitario de 1919-1920. Me apoyaré, en la parte conceptual, para no decir teórica, en las principales propuestas de José Ortega y Gasset (1984), particularmente en su libro *En torno a Galileo*, un pequeño clásico de 1933, lleno de ideas, intrigas y respuestas, todas muy interesantes. También en el libro de Luis Alberto Sánchez, *Balance y liquidación del 900*, tantas veces reeditado y poco leído, que tiene más bien una rica información sobre la Generación del 900; allí presenta y enjuicia a sus maestros, nacionales e internacionales, de alguna manera formadores de los integrantes de su generación, la del centenario. No olvidaré, por supuesto, mi subtítulo —convicciones y apuestas—, con en el que buscaré el sentido de la historia de estos acontecimientos. Pero, sobre todo, me anima usar el método comparativo para confrontar la historia de la década de 1920 con la actualidad, la que muchos, o casi todos, hemos podido constatar y observar directamente; y, en algunos casos, nos ha conducido incluso a tomar partido.

Según Julián Marías (1984, 9), “El tema de las generaciones es, según se lo mire, muy antiguo o muy nuevo. Es un tema permanente, al menos milenario, de la experiencia de la vida; como tema científico, por el contrario, es muy reciente; tanto, que solo hoy se está empezando a plantearlo con suficiente rigor”. En nuestro caso, se habló mucho de la generación del 900, del Centenario, de los años 50, incluso de los 60, hasta que ahora, con las movilizaciones de noviembre 2020, volvió a resurgir este tema, a partir de los jóvenes y bautizado así por ellos mismos. Se utilizó un criterio cronológico, por ejemplo, para hablar Generación del 50, a los nacidos entre 1929 (Pablo Macera) y 1936 (Mario Vargas Llosa, Luis G. Lumbreras), y que habían estudiado en la universidad en los años 50, incluso fines de los 40 y hasta 1960: un arco de 15 años, como lo recomendó Ortega y Gasset. Este criterio se utilizó en este artículo para hablar de las generaciones del Centenario y del

Bicentenario. Cada una de ellas tiene *convicciones y apuestas* con las que adquieren identidades propias.

La exposición fotográfica *Generación bicentenario en marcha*, inaugurada en el LUM el 10 de diciembre del 2020, me motivó, o quizá mejor me empujó, a escribir un breve artículo que publiqué en la *Revista Ideele*,<sup>1</sup> en una versión digital más corta, que ahora he retomado para agregar algunas ideas, reflexiones y más información. Esta exposición fotográfica, como es lógico, comenzó a construir memoria. También construyó una narrativa, con fotografías de profesionales y registros de los mismos manifestantes que capturaron escenas, con sus teléfonos celulares, caminando en medio de la multitud, y detalles de las movilizaciones, que ocurrieron en todo el territorio nacional, entre el lunes 9 y el domingo 15 de noviembre del 2020. Fotografías que han perennizado lo ocurrido en Lima y en las capitales de las 24 regiones restantes del país.

Luego desde el LUM, en el verano del 2021, con la exposición abierta al público, y a través de la virtualidad impuesta por la terrible pandemia de la COVID-19, se organizaron varios diálogos para escuchar a especialistas y a los mismos protagonistas de estos acontecimientos. Así podemos ahora, con mayor seguridad, concluir que estas marchas se realizaron con mucha espontaneidad, sin una organización política ni una coordinación centralizada, sin demandas partidarias evidentes ni símbolos que remitan a partidos, sino más bien con el recurso abundante de las herramientas de internet, las famosas redes sociales y la casi omnipresencia de una ondeante bandera nacional. Parecía una marcha de indignación por la inesperada destitución del presidente en ejercicio, Martín Vizcarra, que recién en marzo del 2019 había reemplazado al renunciante Pedro Pablo Kuczynski y se encontraba desarrollando, como es lógico pensar, una lucha contra la pandemia. Las multitudes movilizadas estuvieron a punto de volverse turbas, en varias ocasiones, cuando el congresista Manuel Merino de Lama fue investido con la banda presidencial y el 9 de noviembre ocupó el principal despacho de Palacio de Gobierno. Eran marchas que más bien parecían desplazamientos de multitudes, movimientos sociales, culturales, de jóvenes que querían que sus voces sean escuchadas —como las que describe Stéphane Hessel en su pequeño libro del 2010, *Indignez-vous* (*¡Indignaos!*)—,<sup>2</sup> que protestaban por las decisiones del Congreso que consideraban iban más allá de sus atribuciones.

1 Véase “Convicciones y apuestas de las generaciones” (2020). <https://bit.ly/3isEfY0>

2 Hessel, en su breve ensayo de 25 páginas, “Indignez-Vous”, del 2010, expone su invitación a las nuevas generaciones a indignarse por lo que ocurría entonces en el mundo.

Lo que sucedió el sábado 14 de noviembre, por la noche, cuando se produjo la muerte de Inti Sotelo Camargo (24 años) y Jack Brian Pintado Sánchez (22 años), podríamos decir por las balas de la Policía, sobrepasó todas las situaciones que conocíamos antes en el LUM, que es indudablemente un museo de la memoria, y a pesar de estar acostumbrados a las demandas de memorialización de los ciudadanos. Los pequeños memoriales en homenaje a estos dos jóvenes, a partir del domingo 15, se multiplicaron en todo Lima Metropolitana, primero; en gran parte de las capitales de regiones en el país, después. Las demandas que circulaban en las redes sociales, y las que recibimos en nuestros aplicativos digitales del LUM, pedían —primero— conservar los memoriales —y luego—, reunir y exhibir las fotografías de los acontecimientos de esos cinco días en una exposición sobre aquellos días en los que la sociedad peruana no descansó. Finalmente, atendimos esa demanda e inauguramos una exposición el 10 de diciembre y se exhibió hasta el 10 de abril, con mucha concurrencia, numerosos visitantes de todas las edades. Ahora estas fotografías felizmente se conservan en el LUM, y ya constituyen peculiares fuentes históricas, miles de fotografías, de profesionales y aficionados, de gran valor estético, político, social e histórico.

Pero justamente esta exposición, como en otras ocasiones, o como casi siempre, puso al LUM en el ojo de la tormenta, de opiniones contrapuestas, puntos de vista encontrados, posiciones políticas ofensivas y defensivas. Rumores y rencores que calificaban a los fallecidos como pequeños delincuentes, “pájaros fruteros”, tontos útiles de los radicales encubiertos. Pero felizmente también se hicieron presente los que promueven el respeto a los derechos humanos y la protesta ciudadana, los que apuestan por la convivencia pacífica, por encima justamente de las diferencias. Todo esto me permitió constatar una presencia detrás de esa polémica, de esas interpretaciones contrapuestas sobre los años de violencia, el terrorismo y las violaciones de los derechos ciudadanos que se produjeron en esas dos décadas fatales, de 1980 a 2000, que se muestran museográficamente en el LUM. Esta situación, en parte, me llevó a preguntarme por lo sucedido en estas enormes movilizaciones que conmovieron al país entre el 5 y el 15 de noviembre del 2020, por su originalidad, los manifestantes —actores casi anónimos—, las “tramas ocultas” de la historia, la violencia que genera más violencia, y para tratar de encontrar, desde la historia, mi especialidad, un sentido y significado a lo ocurrido.

## 1. Las generaciones en la historia

José Ortega y Gasset (1984), en su libro *En torno a Galileo. Esquema de las crisis*,<sup>3</sup> se preguntaba, insistentemente, cómo no ser copernicano si Copérnico, el año mismo de su muerte, luego de esperar muchos años, pudo publicar su asombroso *Seis libros referentes a revoluciones de las órbitas celestes*, donde sostenía que la Tierra giraba en torno a su propio eje y alrededor del Sol. Esta verdad fue negada por la Iglesia en 1616, la que prohibió a sus fieles adherirse al postulado y obligó a Galileo Galilei a retractarse públicamente de sus convicciones, las cuales él mismo había largamente comprobado a través de sus observaciones con su telescopio. Así, Ortega y Gasset se preguntaba: ¿cómo las generaciones podían transportar estas nuevas, y legarlas a otras generaciones, en ambientes culturales prohibitivos? Afirmo que en los siglos XIV y XV predominaba la fe, la que fundamentaba y construía las convicciones que daban origen a una forma de vida, de circunstancia o de mundo. El siglo XVI, con el florecimiento del Renacimiento, en el que renacen el arte, la cultura y la ciencia grecorromana, fue un tiempo de transición y crisis. Luego, entre 1550 y 1650, en el que viven Galileo Galilei y René Descartes (1596-1650), empieza a nacer el hombre moderno; las ideas copernicanas se incorporan justamente allí, en un nuevo sistema de convicciones. Se puede decir entonces que nace el mundo moderno, en el que la fe es reemplazada por la ciencia en la construcción de las nuevas convicciones. De ninguna manera podré resumir este libro, pero sí referir algunos aportes, en los que sostiene que las convicciones, la circunstancia histórica y el mundo subjetivo de las personas no son producto de cada período sino de cada generación. Un largo período que, según el autor, hacia 1933, con los acontecimientos que conmovían al mundo, las revoluciones sociales y las contrarrevoluciones (como los fascismos en Europa), parecía haber llegado a su fin, y esta es la atractiva propuesta que atrajo a tantas personas a sus doce lecciones. Pero me interesan otros conceptos de Ortega y Gasset que, sin ningún tecnicismo, trataré de utilizar para entender mejor lo que quiero decir en este análisis comparativo de dos generaciones, la de 1921 y la de 2021, en nuestro caso peruano.

Pero antes, debo indicar que utilizo también el libro de Luis Alberto Sánchez, *Balance y liquidación del 900*, que ha tenido varias reediciones, las

3 En este libro se publicaron las doce lecciones que el filósofo español ofreció en el posgrado de la Universidad Central de Barcelona, en 1933, cuando se recordaban los 300 años de la famosa retractación de Galileo (1564-1642) ante el tribunal de la Inquisición.

que su autor ha modificado ligeramente, citando incluso en la última a Ortega y Gasset, pero utilizando, casi indistintamente, sin ningún rigor, las palabras “promoción” y “Generación”. En realidad analiza esta última, hace un balance, pero de ninguna manera ninguna liquidación de la Generación del 900, ni de sus maestros, llamada generación modernista, que tuvo al uruguayo José Enrique Rodó (1871-1917), autor del ensayo *Ariel* (1900), como su Galileo Galilei. Todos los integrantes de esta generación eran latinoamericanos, intelectuales prodigios como Rodó, nacidos en el seno de las oligarquías regionales, bien educados, muy afrancesados, retóricos, devotos de la cultura occidental, francesa en particular, que intentaron descubrir y definir a América Latina como algo propio, original, construyendo su “otredad”, mirándose así misma. Trataron de inventar una historia y una teoría política, pero al hacerlo más miraron a Occidente, al mundo antiguo europeo, y olvidaron de mirar sus propias realidades donde vivían.

Reconoce a sus maestros, por sus obras más que por las lecciones escuchadas, como José de la Riva Agüero, Alejandro Deustua y los hermanos Francisco y Ventura García-Calderón. La intención de Luis Alberto Sánchez es interesante, pero su narrativa barroca, apabullante por mostrar todo, hacen que el libro brinde solamente la claridad en el título, aunque hay que reconocer que el tema es muy confuso. El autor agrega que sus maestros eran estetas, europeizantes, cultivaban un europeísmo *enragé*, como lo subraya con este galicismo. El Riva-Agüero tardío, en su etapa católica y ultraconservadora, de los años 1930, al contemplar la insurgencia de la multitud política, habla de “oclocracia” para criticar las pretensiones de las multitudes a gobernar o a hacerse escuchar por los gobernantes. En esta etapa, luego de 1930, llega incluso a elogiar a Mussolini, Hitler y Franco, y coincidir con el Partido Unión Revolucionaria de Luis A. Flores.

De este libro me será muy útil la definición de Generación del 900, cultivada, europeizada, integrada por familias acomodadas, que escribían para leerse entre ellos y también para europeos. Asimismo, me será muy útil el hecho de que estaban más interesados en los libros, las grandes ideas, más que en mirar y estudiar sus propias realidades. Como si se armaran intelectualmente para volver a conquistar estas regiones, como América Latina, no para descubrirlas. Por esa razón se quedaron en el mestizaje, en todos los niveles, dejando de lado al indio, el indígena, las poblaciones que vivían en sus comunidades o sojuzgadas en las haciendas, así como en muchos pueblos altoandinos, teóricamente libres. Podríamos decir que esta generación produ-

jo sus mejores obras en la República Aristocrática (1895-1919), textos que no fueron muy leídos y escasamente comprendidos.

## 2. La Generación del Centenario de 1921



Fotografía 1. Jóvenes de la Generación del Centenario

Fuente: Mundial (1921, 28 de julio)

Nota: Aparecen, de pie, de izquierda a derecha: Jorge Basadre, Manuel Abastos, Ricardo Vegas García, Raúl Porras Barrenechea y Luis Alberto Sánchez. Sentados, de izquierda a derecha: Guillermo Luna Cartland, Carlos Moreyra y Paz Soldán, y Jorge Guillermo Leguía.

Se celebró el primer siglo de vida independiente durante el gobierno de Augusto B. Leguía, en el conocido Oncenio de 1919 a 1930, que se inició con un golpe de la gendarmería y terminó con otro, el de Luis M. Sánchez Cerro, esta vez militar. Los nombres de San Martín, Bolívar, Gamarra, O'Higgins, Grau, Álvarez de Arenales, Torrico, Alfonso Ugarte, todos militares, hombres, casi héroes, tanto de la independencia como de la guerra con Chile, aparecen por plazas, calles y avenidas. El rostro de Lima cambió con los nuevos nombres propios... Pero esto sucedía solo en la capital.

Las regiones aceptaron esta suerte de revolución urbanística, pero hicieron otra a su manera, en la cual otros nombres aparecían, mas indígenas, como

el Tahuantinsuyo, Pachacuti, Wiracocha, para llamar a Leguía. Incluso en el Cusco se comenzó a recordar a Túpac Amaru, y el obispo de la capital imperial, Pascual Farfán de los Godos, en 1920, en las parroquias de Yanaoca, Pampamarca, Tungasuca y Surimana, accede a reconocer a los comités locales para la recordación del rebelde de 1780 (Vega Centeno (1993, 151-152).

Un pequeño grupo universitario se propuso, a partir de 1919, organizar un conversatorio universitario en la Universidad de San Marcos para presentar y debatir temas, en charlas públicas y en textos publicados, relacionados con la independencia de 1821, sus antecedentes, naturaleza, actores y sus limitaciones también. Gabriel García Higuera (2019), en su ensayo *El Conversatorio Universitario de 1919 y su significación histórica*, hace una buena presentación de los integrantes de este evento que ofreció charlas en mayo de 1919 y que luego publicaron en pequeños folletos. Fue Raúl Porras Barrenechea quien convocó y organizó este conversatorio, en el que participaron Jorge Guillermo Leguía, Manuel Abastos, Luis Alberto Sánchez, Guillermo Luna Cartland, Carlos Moreyra Paz Soldán, José Quesada, José Luis Llosa Belaunde, Víctor Raúl Haya de la Torre y Ricardo Vega García, los que tenían entre 19 y 23 años. Jorge Basadre tenía por entonces 16 años, y era un atento integrante y seguidor de las charlas. Los temas a presentar se analizaron en un extenso período, entre 1800 y 1821, aunque algunos de ellos se interesaron en el siglo XVIII. Quienes ofrecieron las charlas fueron Leguía, Sánchez, Porras y Abastos.

Estos jóvenes buscaban alejarse de las versiones tradicionales de la historia republicana, como las narradas por Mariano Felipe Paz Soldán, Carlos Wiesse y Sebastián Lorente, por ejemplo, para intentar nuevas miradas, no críticas ni perturbadoras, pero sí nuevas, con algunos ingredientes incómodos. La primera conferencia la ofreció Jorge Guillermo Leguía el 10 de junio de 1919, en la Biblioteca de la Federación de Estudiantes, un lugar muy significativo, sobre un tema enorme para jóvenes expositores: "Lima en el siglo XVIII". Allí analizó diversos aspectos de la ciudad, geográficos, urbanísticos, sociales, políticos y aún sobre la idiosincrasia, como creencias y costumbres de sus pobladores. Hace mención del terremoto de 1746 y sus repercusiones en la ciudad. Además, analizó las fiestas cotidianas y las grandes celebraciones a la llegada de un nuevo virrey. Leguía se aproximó a la vida intelectual, la difusión de las ideas de la ilustración y la expectativa en un cambio, por entonces.



La segunda conferencia la ofreció, el 15 de agosto, Raúl Porras Barrenechea sobre “José Joaquín Larriva (1780-1832)”, en la cual analiza su vida, tiempo y obra poética. No reconoce nada excepcional en este personaje, mas bien lo presenta como un criollo común y corriente, que cambió de parecer a medida que cambiaban las circunstancias. Así, estuvo inicialmente con el virrey Abascal, para luego dar vivas a generales extranjeros como San Martín y Bolívar. Es el breve retrato de una realidad vivida por muchos otros criollos de esos años. Similar caso se encuentra en la tercera conferencia que ofreció Luis Alberto Sánchez, el 22 de setiembre, sobre “Los poetas de la revolución”, centrando su análisis en José Joaquín de Olmedo (1780-1847). En él encuentra de nuevo esa volatilidad de Larriva, cambiando de acuerdo con las circunstancias.

La cuarta conferencia fue ofrecida por Manuel Abasto, el 3 de noviembre, sobre “La influencia ideológica de la revolución peruana de la independencia”, un desafortunado título, por su imprecisión, pero con un contenido muy interesante. Lo que quería decir y analizar Abasto era la penetración o la presencia de las nuevas ideas de la Ilustración en la actuación de los criollos peruanos y en la vida social en general, a fines del siglo XVIII e inicios del XIX, sobre todo en los sectores educados. Mas no fue así en los indígenas, mestizos y negros, que muy ciertamente estaban marginados de una educación formal. Menciona acertadamente que el Convictorio de San Carlos, dirigido por Toribio Rodríguez de Mendoza, era la institución comprometida, o cercana, al pensamiento ilustrado y liberal, que impartía, por eso justamente, una enseñanza moderna. Muchos de los criollos educados en este Convictorio, tanto en Derecho como en Teología, luego pasaron a la acción política por la independentista. Pero deja entender que los criollos egresados de este Convictorio, sin los ejércitos extranjeros, nunca hubieran logrado la independencia. Quizá esta conferencia de Abasto fue la más interesante y penetrante, ya que analiza la presencia o ausencia de las ideas modernas, liberales, que crearon una nueva educación —hasta podríamos decir— ciudadana, sin dejar de lado la formación del súbdito, que terminaría apoyando las luchas por la independencia. Eran ideas que venían tanto de Francia, como también de la España de Carlos III.

Al año siguiente, 1920, se realizó un nuevo ciclo de conferencias, al parecer sin mayor incidencia, quizá opacado por el inicio del gobierno de la Patria Nueva de Augusto B. Leguía. Lo cierto es que estos jóvenes, estudiantes universitarios, se plantearon nuevas preguntas y ofrecieron nuevas

respuestas, las que todos se planteaban para entender las realidades de la época. Ni en los títulos ni en los textos aparece el espíritu de la reforma universitaria que estaban viviendo, de terminar con lo viejo, darle paso a los jóvenes, como lo pedía insistentemente Manuel González Prada. Pero ese proceso de cambio los rodeaba y en ello habían tomado parte, rebelándose contra los maestros. Ya habían escuchado al argentino Alfredo Palacios y seguramente se preguntaban: ¿qué país se había construido con la república?, ¿para quiénes, para unos pocos o para todos los peruanos?, ¿incluían a los indígenas o no? Ese grupo último grupo social olvidado, menospreciado o dejado de lado por sus maestros novecentistas. Estas preocupaciones, o temas, análisis de la realidad, sea histórica o la que tenían frente a ellos, eran las que los diferenciaba de la generación anterior. La ocasión, el Centenario de la República, lo ameritaba. El tema central, desentrañar o ayudar a desentrañar la historia real del Perú como nación, era un clamor general: ¿Qué era el Perú?, ¿quiénes eran los peruanos?, ¿en qué se había avanzado en 100 años?, ¿y qué problemas urgentes se deben resolver para llegar a ser lo que imaginaban que el país debía ser?

La revista *Mundial*, por ese entonces, publicó una foto de este grupo del Conversatorio Universitario, gracias a uno de sus impulsores, el periodista Ricardo Vegas García (1897), que bautizó a este pequeño grupo como Generación del Centenario. En realidad, la bautizó con la mayor espontaneidad. El animador del grupo era Raúl Porras Barrenechea (1897), y algunos de sus integrantes, Luis Alberto Sánchez (1900), Jorge Guillermo Leguía (1898) y Jorge Basadre (1903) eran muy jóvenes. Querían hablar de lo que la independencia había logrado en los primeros 100 años, no solamente retomando otros nombres, los próceres no tan visibles, y preguntándose qué había pasado con la población indígena, por qué no eran ciudadanos plenos aquellos descendientes de los constructores de ese fabuloso Tawantinsuyo y el antiguo Perú, del que comenzaban a hablar tanto los descubrimientos de Max Uhle, Hiram Bingham y Julio C. Tello. Todos los “centenarios”, entre los 17 y 24 años de edad, no habían publicado aún nada importante, algunos simplemente nada. Por eso pasaron inadvertidos, escuchándose entre ellos mismos, o ante algunos invitados, y asistiendo también a las tertulias de José Carlos Mariátegui (1894) y Víctor Raúl Haya de la Torre (1895) que recién llegaba de Trujillo, también jóvenes. Los “centenarios”, en estas tertulias, más bien escuchaban las múltiples respuestas a sus propias preguntas, ¿Qué significó la independencia de 1821?, ¿quiénes la ganaron? ¿Qué es el

Perú?, ¿una nación? ¿Y qué es el problema indígena? Pasaron seguramente desapercibidos, anónimos; eran promesas, no realidades, pero muy articulados al nuevo país que emergía. Y cuando se acercaron al socialismo o al aprismo, algunos de ellos, como Basadre y Sánchez, terminaron reprimidos y a veces encarcelados.

En realidad, cuando uno se acerca a ellos, con el concepto de generación de José Ortega y Gasset, encontramos que todos eran coetáneos, nacidos entre 1896 y 1903 aproximadamente, que tenían fuertes convicciones (cultivadas en la universidad, los libros y los cambios en el mundo), como el tiempo de los jóvenes, la insubordinación ante los mayores, la crítica a la oligarquía, la importancia de las clases medias y de la democracia, los cambios en el mundo, la igualdad de oportunidades y la urgencia de descubrir la realidad nacional. ¿Hacia dónde iba el mundo?, ¿a nuevas etapas y situaciones?

No lo sabían por eso. También, como lo deja entrever Ortega y Gasset, las generaciones tienen apuestas pensando en el futuro, que lo imaginan sin certezas, sino con mucha subjetividad, esperando “nuevo país” donde todos puedan ejercer una ciudadanía como les corresponde por ser peruanos. Como que la “mano invisible” que organizaba el sentido de la historia, su teleología, de la cual ellos mismos eran actores, sin saber que también eran agentes, no la conocían, más bien la intuían. Pero sí podían apostar por el, sin sospechar los desenlaces ni tener la certeza de que lo que defendían era realmente el buen camino hacia el futuro. Conformaban un grupo minúsculo, casi todos ellos de la emergente clase media en ascenso, la Generación del Centenario, pero paralelamente había multitudes en marcha que también andaban un poco a ciegas, sin muchas certidumbres, las cuales comulgaban con esas convicciones y apuestas.

### 3. La Generación del Bicentenario

Noelia Chávez, la joven comunicadora de la PUCP, como Ricardo Vegas García en 1921, se adelantó a todos cuando denominó, o más bien bautizó, a las multitudes que se movilizaron como Generación del Bicentenario. Jóvenes, como Jack Brian Pintado e Inti Sotelo Camargo,<sup>4</sup> de 22 y 24 años

4 Su nombre completo es Jordan Inti Sotelo Camargo. Su padre Salvador Sotelo Morales es de Chungui, Ayacucho, quechuahablante, que dejó su pueblo escapando de la violencia e inseguridad de los años ochenta y se instaló en Lima. Su madre Luzdilan es de Sicuani, estudió en la UNSAAC de Cusco, pero

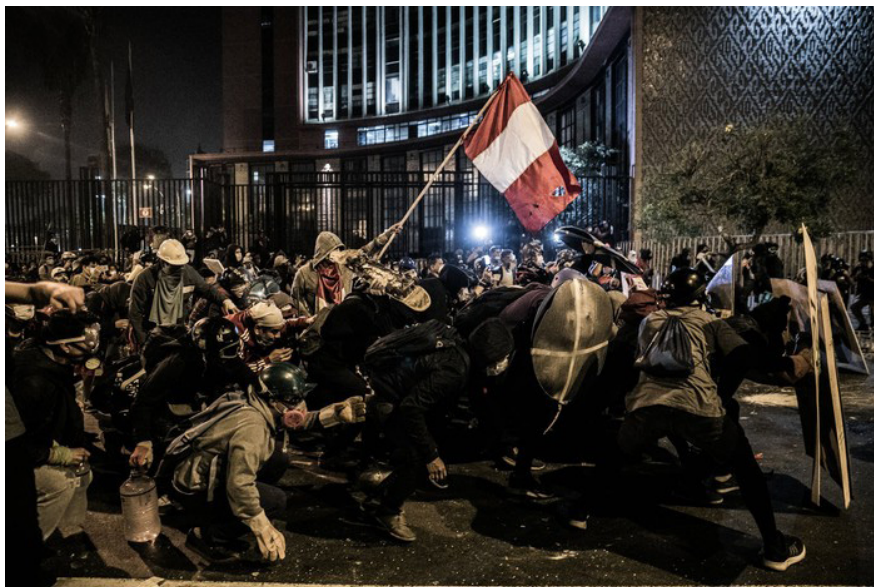
respectivamente, fueron los que muy probablemente le pusieron vitalidad, pasión y temeridad, al situarse en las primeras filas de la confrontación, donde ellos dos murieron y muchos otros, cientos, fueron gravemente lesionados. Me pregunté, entonces, y me pregunto hoy, por la singularidad y naturaleza de esta generación. Ya hemos visto que algo semejante ocurrió antes en nuestra historia, particularmente en una efeméride semejante como la actual, la celebración del centenario de la independencia de 1921, cuando los universitarios se reunían en pequeñas tertulias en Lima y había desordenadas movilizaciones, que muchos llamaban insurrecciones, en las regiones sur andinas, entre los años 1919-1923.

Casi cien años después, en noviembre del 2020, aparecen desorganizadas multitudes indignadas, con un motor nuclear constituido por jóvenes, también entre los 18 y 25 años, como Inti y Jack Brian, evidentemente de sectores populares, pertenecientes a familias inmigrantes en Lima, quizá desarraigadas, pero también con convicciones y apuestas, que las expresan de otras maneras, en movilizaciones de indignación, donde se mezclan estudiantes universitarios y muchos jóvenes profesionales que forman seguramente parte de la generación *millennial*, los que se ubicaron en las primeras líneas. Pero también se encontraban personas mayores que los acompañaban desde las periferias. Es aún muy prematuro intentar este análisis de la Generación del Bicentenario, más difícil aún intentar hacer una comparación con la Generación del Centenario, como aquí propongo. Sin embargo, provisionalmente ya podemos señalar importantes diferencias. Así, la de 1921 era un grupo pequeño, una elite de jóvenes estudiantes, futuros intelectuales de clase media provincianas, pero entonces anónimos, aunque ya con convicciones y apuestas en ese momento. La Generación del Bicentenario parece algo diferente, porque el Perú actual es muy diferente al Perú de la Patria Nueva de Leguía. Estos jóvenes, para mirar a los dos fallecidos, los que conformaban el núcleo duro, mayoritariamente provienen de los niveles socioeconómicos me-

---

dejó sus estudios, por tanta inestabilidad, para trasladarse a Lima y aquí conoció a Salvador, quien es tecnólogo de instrumentos oftalmológicos, amante de la música, del quechua, de su tierra y ahora celoso guardián de la memoria de Inti. Ambos son padres de tres hijos: a Inti en el CEPEA, donde estudiaba Turismo, lo llamaban Jordan, como a él le agradaba, pero luego del 14 de noviembre, multitudinariamente todos lo llamaban Inti. Su fortaleza era el inglés y sus únicos recursos provenían de su trabajo como guía de turismo en la ciudad. Su hermana melliza es Quilla, psicóloga de la Universidad César Vallejo, con sus grados y títulos registrados en la SUNEDU. Pacha es el hermano mayor. Evidentemente, por los nombres propios de los tres se puede deducir un apego a la cultura de sus lugares de origen y a las fuertes relaciones que cultivaban con la rama materna, los Camargo, que residen en Cusco. Por su parte, Jack Brian Pintado Sánchez era de una familia de Iquitos, vivía con su padre, de quien hemos perdido su rastro.

nos afortunados, son estudiantes, también hijos de inmigrantes —de Iquitos y Ayacucho, como Brian Pintado e Inti Sotelo—, con presentes inciertos, pero con muchos sueños de futuro.



Fotografía 2. Jóvenes de la Generación del Bicentenario

Fuente: Sebastián Castañeda (2020, 14 de noviembre).

¿Cómo conocer las convicciones y apuestas de la Generación del Bicentenario, motor de las movilizaciones de noviembre pasado? Vuelvo a la exposición fotográfica *Generación bicentenario en marcha* del LUM. Se exhiben 60 fotografías profesionales, de fotógrafos y fotógrafas de Lima y diversas regiones, de excelente calidad, que nos permiten ver rostros, ciudades, desplazamientos, gestos individuales, colectivos, y también nos acercan a los textos escritos en las pancartas, banderolas y a la omnipresente bandera nacional que aparece bella y ondeante en la fotografía emblemática de Sebastián Castañeda.

La bandera nacional era, de alguna manera, usada para expresar, como en las invasiones de terrenos en las ciudades de la costa, la legitimación de sus protestas, sus demandas ciudadanas, como peruanos y peruanas. Muchas de ellas expresaban una fuerte convicción en la necesidad de un nuevo país, una nueva constitución, una educación para pensar y no para obedecer, una nueva representación en las instancias políticas, así como nuevas reglas que respeten

la igualdad de género y las diversidades sexuales, culturales y sociales. Todos estos mensajes son una apuesta por un nuevo país. Una protesta contra un presente incómodo, ajeno, de otros. Así como Basadre en su libro de 1931, *Perú: problema y posibilidad*, expresó la idea de la promesa republicana, incumplida, tengo la impresión que esta misma esperanza la encontramos en la fuerza de los mensajes, en las pancartas y banderolas de esta generación. Sobre todo en una en particular, exhibida en la plaza de Armas de Puno, que dice “Inti es Sol, el Sol nunca se apaga”.

Lo entiendo como la esperanza de cambiar el país, lo que nos remite de nuevo a la Generación del Centenario, que tenían convicciones y apuestas, que la clase política tradicional de entonces no entendía, pero que los “centenarios” imaginaban a futuro, aunque desconocían de qué manera a ciencia cierta. A los “centenarios” también los “terruqueaban” —utilizando una expresión de la actualidad—, los llamaban pro-indios, indigenistas, tahuantinsuyos, y desestabilizadores de la república criolla, nacional, cristiana, occidental. Esto mismo parecería suceder con los “bicentenarios”, a quienes también descalifican con estigmatizaciones del presente. Y, al igual que sus predecesores, no conocen la trama invisible de la historia que los llevará al futuro. Cuando digo trama invisible, lo hago en el mismo sentido que la define Hanna Arendt (2012) en su libro *La condición humana* de 1958,<sup>5</sup> es decir, ese plan oculto que le da sentido a las historias, las que no llegamos a descifrar sino cuando ya son historia pasada y analizamos sus resultados. Finalmente, solo el futuro nos permitirá conocer ese plan invisible y saber si los “bicentenario” estaban en el buen camino, como sucedió con los “centenarios”, hace ya un siglo.

---

5 “La historia real en la que estamos metidos mientras vivimos carece de autor visible o invisible por que no está hecha” (Arendt 2012, 214).

## Referencias bibliográficas

- Arendt, H. 2012. *La condición humana*. Bogotá: Paidós.
- García Higuera, G. 2019. El Conversatorio Universitario de 1919 y su significación histórica. *Revista Investigaciones Sociales*, 22 (40), 195-206. Lima.
- Gutiérrez, M. 1988. *La Generación del 50: un mundo dividido*. Lima: Séptimo Ensayo.
- Hessel, S. 2011. *Mi baile con el siglo. Memorias*. Barcelona: Editorial Destino.
- Mannheim, K. 1993. El problema de las generaciones. *Revista Española de Investigaciones sociales. REIS*, (62), 193-242.
- Marías, J. 1949. *El método histórico de las generaciones*. Madrid: Revista de Occidente.
- Ortega y Gasset, J. 1984. *En torno a Galileo. Esquema de las crisis*. Lima: Espasa-Calpe.
- Porrás Barrenechea, Raúl, *Los ideólogos de la Emancipación*, Ed. Milla Batres, Lima, 1974.
- Puccinelli, J. 1999. *Antología de Raúl Porrás*. Lima: Fundación M. J. Bustamante de la Fuente.
- Sánchez, L. A. 1973. *Balance y liquidación del Novecientos. ¿Tuvimos maestros en nuestra América?* Lima: Editorial Universo S. A.
- Szyszlo, F. 2017. *La vida sin dueño*. Lima: Alfaguara.
- Vargas Llosa, M. 1996. *La utopía arcaica. José María Arguedas y las ficciones del indigenismo*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Vega Centeno, I. 1993. *Pedro Pascual Farfán de los Godos. Obispo de Indios (1870-1945)*. Cusco: IPA.